

Carlos Hugo Aparicio

## DÍAS DE VIENTO

Mira de nuevo al fondo vacío de la calle donde empieza a levantarse la tierra seca que pronto va a ser el eterno viento de la siesta

a ver

andá a preguntar la hora quiora son, por lo menos las dos y no aparece, pucha, qué le estará pasando

el chico sale a la disparada mientras ella se queda escrutando otra vez a través del alambre del fondo la esquina del portón de chapas donde para el ómnibus; se limpia los ojos con el revés de la mano, suspira

a lo mejor se está

viniedo a pie, no ha conseguido nada, pero que llegue ya, pucha

el hijo más

grande sale a la galería, bosteza arqueando el cuerpo hacia atrás, pone ambas manos en la nuca y después estira bien arriba los brazos para desperezarse; luego también mira largamente el desierto de la calle, la tierra en el aire pronta a volverse viento, ¿dónde andará?, ya tenía suficiente tiempo de volver; y se sienta sobre la tabla de madera apoyada en sus extremos sobre ladrillos encimados, contra la pared de bloques; desde ahí alcanza a divisar tranquilamente el fondo reverberante de la calle por donde aparecerá si es que se viene a riguroso pie; la voz de ella se le aleja insegura, temerosa

ni a quien

recurrir en estos casos

mamá, mamá, mamá dice que son las tres

menos cinco

entra agitado el chico, los cabellos calzándole la frente, visible el remolino de la coronilla

han visto chicos qué tarde ya

¿le habrá  
 sucedido algo?, ¿habrá vuelto a tomar, ese inconciente; si ya hace no sé  
 cuánto que no prueba, desde que le vino el colico con hipo; y esa  
 vinagrera que no se le pasaba; no aprende, pucha, y son las tres

el sol pasa  
 lento por la galería, se ensancha picante y seco en el fondo, se enturbia en  
 la calle sin nadie, sólo el perro negro que está echado, la lengua afuera, sobre  
 la vereda de lajas de la empanadera; y los primeros puñados del aire áspero  
 les da en las mejillas, ¿y si lo voy a buscar, le mangueo a ella para el ómnibus  
 de ida?, ¿no andará por los bares de la Estación, en el de Burgos, en Saiquita,  
 dónde más? ¿o en éste de Mamaní?, cómo se va a tardar tanto, y el mayor  
 apoya la espalda en la pared mientras la madre sale a pararse a la puerta de  
 calle, se recuesta en su marco de madera, y el hermano se arrodilla sobre el  
 suelo a jugar con unas cuantas pajitas de escoba y la tierra suelta

el sol va cayendo y el viento arremete de a ratos, silba estremeciendo las  
 chapas del techo y borra por instantes la calle vacía, apenas el perro,

recién cuando el sol desaparece detrás de las montañas  
 azulinas y las ráfagas turbias del viento amainan, los tres, cada uno por  
 separado, abandonan con desganados pasos la galería y se meten en la pieza  
 me preocupa ya, señor

suena debilmente la voz, y ni prende la luz cuando la sombra va  
 invadiendo el ambiente en total silencio

donde le cuesta  
 dormir, acostado de espaldas, fijos los ojos en la tiniebla que deshace las  
 alfajías y los tirantes del techo, el oído en vigilia por el mínimo ruido; lo  
 deben haber metido adentro ¿qué habrá hecho?, ¿qué, si no?, oye las  
 respiraciones de ellos en la oscuridad; ni manda avisar, ¿o estará en el  
 Hospital?, también, cuándo para que se cuide piense un poco en su mujer,  
 en sus hijos, qué bárbaro; y lagrimea y se tapa la boca y lloriquea reprimiendo  
 el gemido

así va entrando como  
 en una incómoda neblina donde al rato lo escucha abrir la puerta y que  
 carraspea; por fin, qué suerte mamita, era hora; que anda en silencio y que  
 se va acostando porque rechina la cama y al ratito él ronca lo más campante,  
 y que lindo ahora sí desahogarse, entregarse con todo al sueño, para  
 recordarse recién mañana, mañana, menos mal, mañana

hasta que lo despierta bruscamente la tos del hermano,  
 siempre lo apura a esta hora; ya está de día, con sol; se endereza urgente, se  
 despabila refregándose los ojos con las manos, y allá la mira a ella acostada  
 sin desvestirse encima de la cama tendida de dos plazas; apenas tapados los  
 pies sin sandalias con la manta gris, ella sola, roncando suave e irregularmente,  
 los cabellos desordenados sobre la almohada junto a su pañuelito amontonado

y oprimido por el puño de tirantes nudillos, completamente vacío  
el sitio a su costado

qué macana volver a acostarse con el hueco más hondo,  
en el alma

para tener nomás que levantarse los tres y lavarse por turno  
la cara en el lavador de aluminio y tomar sin ganas cada cual aparte el té  
caima y después a eso de las once de la mañana bajo el sol ya bien alto ver  
aparecer allá a lo lejos al agente en bicicleta; recién juntarse, estrecharse lo  
más posible, cada uno bien apretado al lado del otro, mirarlo acercarse, el  
pobre cana pedaleando tan pesadamente que por instantes la bicicleta parece  
no avanzar; oír patente su agitación, el vehículo que se queja bajo el  
voluminoso cuerpo, nítida la transpiración en la frente y en las axilas de su  
ajustado uniforme azul; que se aproxima a las cansadas sólo para pasar por  
delante de ellos sin rozarlos siquiera; a gatas, entre resonantes jadeos, un  
movimiento de cabeza como saludo antes de perderse despacito, cansinamente  
detrás de la esquina amarilla del manisero; soltar entonces los tres al mismo  
tiempo todo el aire contenido y aguantarse nomás cada uno por su lado toda  
la luz que falta hasta el fondo vacío con la voz siempre puntual

a ver andá a  
preguntar la hora quiora son, por lo menos las dos y no aparece, pucha,  
qué le estará pasando

de la calle donde empieza a levantarse la tierra seca  
que pronto va a ser el eterno viento de la siesta.